

tificar al príncipe el nombramiento del pueblo. Él besó respetuosamente el manto del sultan.

«He depuesto á Ahmed,» le dijo Ibrahim; «¿pero cómo quieres que entregue á sus enemigos al que es esposo de mi hija? Vé y respóndeme de su vida.»

Sofi-Mohammed volvió á la mezquita á pedir el perdón de Ahmed. Sus ruegos se estrellaron en la cólera de la muchedumbre, y regresó consternado al serrallo.

«Perro viejo,» le dijo Ibrahim que se habia reanimado al ver la lentitud con que obraban los revoltosos; «tú has sublevado las tropas por ser visir; pero no tengas cuidado, que tu vez te llegará.» Maltrató con las manos al anciano que no tenia parte en la revuelta. Injuriado y golpeado por el príncipe, atropellado por el pueblo, impotente entre uno y otro, Sofi-Mohammed salió del serrallo y se refugió en su jardín.

Los jefes de la tropa y los caudillos de la multitud lo siguieron y lo trajeron otra vez á la mezquita del centro. Al mismo tiempo hicieron ocupar las puertas de la ciudad á destacamentos encargados de interceptar las comunicaciones del serrallo con las provincias; enviaron á la sultana Koesem, desterrada en el jardín de Iskender-Tchelebi una guardia de honor para protegerla contra un atentado de su hijo, y le

dijeron que velara por la vida de sus nietos, esperanza del imperio. Desde el fondo de su jardín, la sultana Koesem, juntamente política y madre, dirigia los hilos de la revolucion influyendo con sus hechuras en las tropas.

XV

Ya hablaban abiertamente los rebeldes de deponer al sultan.

«¿No ha matado á Salih-bajá?» decian; «¿no ha matado á Wardar-Alí, el único hombre capaz entonces de reformar el imperio? Su cadáver sin sepultura no ha sido presa de los perros y de las aves de rapiña durante veinte dias que ha estado puesto en el osario de la puerta del serrallo? — El padischah,» decian los mas moderados de la mezquita, «ha perdido el mundo con el robo y la tiranía; los pueblos están arruinados, los infieles han tomado cincuenta plazas fuertes de Bosnia y bloquean los Dardanelos; que destituya á su visir, que nos entregue su cabeza, que destierre sus favoritos, y nos disolverémos.»

Estos discursos referidos á Ibrahim fueron desatendidos como impotentes murmuraciones. Diez mil artilleros y bostandjis, acampados con cañones en los patios, respondian de su vida; la noche llegaba, los ulemas cansados de oír palabras vanas se retiraban uno á uno, dejando el resolver para el día siguiente:

« ¡Imprudentes! » les dijeron los oficiales, « si nos dispersamos esta noche, nos será imposible reunirnos mañana; no nos separémos ántes de que se restablezca el órden en el mundo; pasemos juntos la noche en la mezquita. »

Los genízaros se apoderaron respetuosamente de los ulemas, y les ofrecieron la hospitalidad militar en su cuartel, contiguo á la mezquita.

XVI

Entretanto el gran visir Ahmed, defraudado su intento criminal por la indiscrecion de sus cómplices, habia interrumpido la fiesta que daba en su jardin con motivo del matrimonio de su hijo, y se habia retirado con sus principales servidores á su serrallo, protegido por su guardia contra el motin nocturno

de los genízaros. Instruido hora por hora de los progresos de la insurreccion en la mezquita, habia desesperado de salvarse. Provisto de seis mil ducados de oro que llevaba en una acémila, adornados los dedos con dos anillos que valian veinte mil piastras cada uno, y de otro de rubíes de precio inestimable, habia montado á caballo en el patio de sus caballerizas, y seguido de dos pajes inseparables, Khalil y Abdi, se habia refugiado en casa del mas adicto de sus amigos, llamado Deli-Burader.

Conocido muy pronto su asilo por los rebeldes, se vió obligado á buscar otro en casa de su antiguo cliente Ahmed el Largo; pero los espías de los ulemas le habian seguido los pasos. Creyó que los burlaria yéndose solo y á pié, ántes de hacerse de día, á casa de Hadji-Beiram, otro amigo suyo.

Este reveló pérfidamente la retirada del gran visir á su haren. Los *chiaux* lo sacaron de él, y lo llevaron á la presencia de su sucesor, Sofi-Mohammed. Léjos de gozarse en la desgracia de su enemigo, Sofi-Mohammed lo abrazó con las lágrimas en los ojos, y lo hizo sentarse á su lado. Ahmed le pidió únicamente permiso para retirarse por el resto de sus días á la Meca, destierro equivalente entre los musulmanes á la muerte civil y política. Para decidir la suerte de los prisioneros se apeló al muftí, quien, ménos com-

pasivo que Sofi-Mohammed, dió con grande aplauso de la multitud un fetwa de muerte contra el instrumento de los crímenes de Ibrahim. Antes de leerle la sentencia le pidieron la nota de sus bienes, ofreciéndole que sus declaraciones le salvarian la vida. Regateó como un avaro, añadiendo una cantidad considerable á cada amenaza, y ocultando aun la mayor parte de su prodigiosa opulencia. Concluido su interrogatorio, lo dejaron solo con dos sirvientes en una habitacion enrejada, aguardando el perdon que se le habia prometido en cambio de la declaracion de su fortuna. Se quitó el turbante, hizo oracion y se acostó sobre la alfombra para dormir, con los dos pajes á sus piés.

Despertáronlo con el pretéxto de llevarlo á la presencia de su protector, Sofi-Mohammed, que, á lo que se le decia, habia pedido y alcanzado su perdon de las tropas. Cuando llegó al pié de la tenebrosa escalera, dos manos fuertes lo agarraron por detrás, volvió su cabeza y vió á la luz de las antorchas al verdugo Kara-Alí, ejecutor ordinario de sus víctimas: « ¡ Vil giaur ! » exclamó Ahmed reconociendo con horror al verdugo. « Gracioso señor, » le contestó irónicamente Kara-Alí, inclinándose con desden como para besarle el caftan, luego, cogiéndolo con un brazo y su ayudante por el otro, los dos ejecuto-

res lo hicieron marchar á través de los gritos del populacho hasta la *puerta de los Cañones*, junto al umbral de su jardin, en donde habia meditado, la víspera, el asesinato del aga de los genízaros. Allí, Kara-Alí lo derribó en tierra, como á un toro, de un golpe en la frente, le arrancó su turbante y le apretó el cordon al cuello. Su cadáver, puesto atravesado sobre un caballo con albarda, fué arrojado á un muladar en la plaza del Hipódromo, en donde los ulemas que se reunieron de nuevo al alba en la mezquita, lo encontraron y cobraron aliento, viendo á su enemigo tendido sin vida á sus piés.

XVII

El juez mayor de Rumelia, Musslieddin, que se dirigia con los ulemas á la mezquita para hacer olvidar sus bajezas adhiriéndose á la rebellion triunfante, fué tirado de su caballo, despojado de su turbante y arrastrado con la cabeza descubierta y ensangrentada por las escaleras del peristilo. Se levantó y se agarró al estribo del muftí, abrazando su pierna para implorar su proteccion contra sus asesinos. Los ves-

tidos blancos del jefe de la religion se enrojecieron con la sangre que corria de las heridas del juez. La intercesion del muftí no pudo salvar al culpable; los soldados lo derribaron de nuevo, le cortaron la cabeza y la pusieron entra las piernas del cadáver tendido en el suelo boca abajo, con arreglo al rito derisorio de los infieles ajusticiados.

El kodja del sultan Djindji, habia osado tambien ir á la mezquita para tomar parte en la deliberacion. La muerte del gran visir y del juez de Rumelia le presagiaron su suerte. Cambió su traje y el turbante con un pobre iman de la mezquita, y se evadió, sin ser visto, por una puerta del jardin. Los agas de los genizaros atribuyeron con indignacion estos dos asesinatos ilegales al populacho, excitado por los ulemas, mas cobarde y cruel que los soldados. Salieron del recinto, y arengaron desde lo alto de las escaleras á los genizaros, reprendiéndolos por los innobles asesinatos cometidos impunemente en su presencia. Humillados los genizaros que querian una revolucion pero no los asesinatos que la acompañaron, pusieron coto á los atentados del populacho en el hipódromo.

Reunidos en sesion los ulemas, diputaron á Hassan, juez de la Meca, para que fuese al serrallo á intimar al sultan que se presentara en la mezquita. Pen-

saban sacarlo así de entre los diez mil defensores que lo aguardaban situados con la artillería en los patios. Negóse Ibrahim y llamaron á la sultana Validé rogándole que trajese consigo al mayor de los príncipes, á Mohammed, á quien habian resuelto proclamar sultan en reemplazo del que profanaba el trono.

XVIII

La sultana Koesem debia temerlo todo y no prometerse nada de Ibrahim. Privada del influjo que habia ejercido hasta entónces con tanta felicidad durante dos reinados; sacrificada á viles favoritas que avergonzaban á su hijo por las deferencias que tenia por su madre; testigo de las humillaciones que Ibrahim hacia sufrir en el haren á sus hijas Aische, Fatima, Khanzade, obligándolas á ofrecer el aguamanil y el café á sus esclavas; temiendo todos los dias por la vida de los príncipes pendiente de un capricho de Ibrahim; desterrada en su jardin de Iskender; amenazada de un destierro mas severo y lejano á la isla de Rhodas, la sultana madre no tenia mas esperanza

que la de una revolucion. Pero si necesitaba una revolucion para su seguridad, un destronamiento que habia de tener por corolario un regicidio, repugnaba á su corazon de madre, y era contrario á su política. Aun amaba en Ibrahim al niño que habia salvado de la recelosa crueldad de Amurat IV, y en cuyo nombre habia gobernado soberanamente el imperio durante la época de su adolescencia. Le parecia mas seguro recobrar y conservar su ascendiente con un príncipe sujeto al trono, con un consejo compuesto por ella, y con visires vendidos á su causa, que vivir bajo el gobierno de un niño de carácter violento, de inteligencia débil, que deberia el trono á los rebeldes, y que por gratitud y por necesidad les daria el influjo que ella queria poseer. El papel de árbitro omnipotente entre Ibrahim comprometido, pero no todavía destronado y los ulemas, cómplices suyos, le parecia pues preferible al papel de una madre cruel, que sacrifica su hijo por coronar al nieto.

Ella manifestó á los diputados de la mezquita, al muftí y al aga de los genizaros Musslieddin, oradores del pueblo y de los soldados, que era mas ventajoso para el imperio respetar á Ibrahim, descargando su cólera sobre sus ministros, que dar el fatal ejemplo de la deposicion de un padischah. Prometió ir inmediatamente al serrallo y disponerlo á hacer las

concesiones necesarias para evitar los escándales y las degradaciones que ella deploraba mas que nadie; les habló de un reinado puramente nominal, bajo la vigilancia de un consejo de gobierno compuesto de los ulemas, de los scheiks y de los agas mas acreditados por sus virtudes, su talento y su autoridad en la capital. Despues de haberlos despedido con estas esperanzas, se vistió de luto como una suplicante del pueblo y del príncipe; hizo que se vistieran de la misma manera los dos esclavos y el eunuco negro que llevaba el abanico delante de ella, y con un turbante negro en la cabeza, y un velo negro sobre el rostro, montó en su barca para dirigirse con los dos príncipes al serrallo.

La sultana halló ya los patios invadidos por los ulemas, los agas, los jueces, el muftí, el viejo Musslieddin y sus cólegas. Los bostandjis, impulsados por la constancia y la unanimidad de la rebelion, habian abierto las puertas á los jefes y á los oradores de la mezquita del centro; un tropel de pueblo y de soldados desarmados inundaban detrás de ellos las avenidas del palacio, invocando á grandes voces á la sultana Koesem y á los príncipes. Ella se presentó sola con el traje fúnebre que hemos descrito, precedida del eunuco negro que la abanicaba en las escaleras de la puerta de *la Felicidad*. Su aspecto impuso

silencio á la muchedumbre; esta mujer representaba á los ojos de los otomanos cuarenta años de dominacion; la memoria venerada de un sultan que habia sido su esposo; dos reinados dirigidos varonilmente por sus manos femeninas; el uno feliz, miéntras recibió sus inspiraciones; el otro lleno de esperanzas en su principio y defraudadas estas cuando perdió su ascendiente; en fin, ella era la representante de los dos nietos que le quedaban y que constituian toda la dinastía de Othman y todo el porvenir del imperio.

XIX

Acostumbrada dos veces en su vida á los tumultos trágicos del pueblo y de las tropas, les habló con la elocuencia natural en los griegos, realizada en ella por el hábito de los negocios de Estado tratados por tanto tiempo en su presencia, y por la energía de su sentimiento de maternidad, de patriotismo y de ambicion. Desde los primeros momentos se atrevió á censurar con severidad maternal á los ulemas y á los veteranos sublevados por su causa, pidiendo mas

de lo que juzgaba necesario para su seguridad y la salvacion del imperio.

« ¿Es justo, es prudente, es respetuoso excitaros á tales movimientos? ¿No sois todos aquí esclavos á privilegiados de esta casa? »

A estas palabras de la sultana, el veterano Musslieddin osó interrumpirla: « Augusta señora, » le contestó, « lo que decis es cierto; todos nosotros « hemos recibido beneficios de esta casa, yo mas « que otros, puesto que gozo de ellos ochenta años « hace; pero justamente nuestra adhesion á vuestra « sangre y nuestra gratitud á tantas bondades nos « impiden presenciar por mas tiempo con una culpable indiferencia la ruina de esta casa y la de la « patria, indisolublemente unidas. ¡ Oh! pluguiese « al cielo que no hubiera yo vivido tanto tiempo « para ver semejantes dias! Porque, ¿qué necesito « yo ahora? ¿Qué tiempo me quedaria para gozar « de las riquezas ó de las dignidades con una ambicion que contrastaria con la brevedad de la vida « que me resta? »

« ¡ Madre de los otomanos! la locura y la injusticia del padischah, vuestro indigno hijo, han puesto « al mundo en peligro. Nuestras fronteras se pierden « miéntras se abandona á los placeres, á los desórdenes, á prodigalidades escandalosas del tesoro,

« mal reparadas por la venta pública de los empleos.
 « Vuestros ulemas se han reunido y dado un fetwa
 « que declara legitima la deposicion del padischah
 « Ibrahim y la exaltacion del jóven padischah, vues-
 « tro nieto Mohammed. Miéntras estos dos actos no
 « se consumen, no hay que esperar que el pueblo y
 « la tropa se tranquilicen; ceded ante nuestra reso-
 « lucion inalterable; si os oponéis á ella, no os opon-
 « dréis contra revoltosos, sino contra la decision de
 « las leyes, de la religion y de la patria: vuestros
 « soldados resistiendo serán los rebeldes, no noso-
 « tros. »

La sultana conoció que era menester doblegarse ante una resolucion sancionada por el voto de los ulemas, intérpretes de la ley, y ante un fetwa del muftí, oráculo de la religion. Intentó sin embargo por tercera vez el evitar la caida completa de Ibrahim, y sugerir á los jefes de la ley y de la religion la idea de un consejo de regencia, que sin deponer á su hijo, gobernara en su nombre. El gran juez de Anatolia, Hanefizade, hombre reflexivo de pocas pero enérgicas palabras, habló en nombre de los ulemas:

« Graciosa emperatriz, » dijo, « nosotros hemos
 « venido aquí llenos de confianza en vuestra sabidu-
 « ría y vuestro patriotismo; vos sois no solo la
 « madre del padischah, acordáos bien de ello, sino

« la madre venerada de los verdaderos creyentes;
 « cuanto mas abrevieis esta crisis del imperio, tanto
 « mejor para todos. Los enemigos vencen á nuestros
 « soldados en todas partes: el tráfico de los empleos
 « no tiene límites; el sultan, entregado á sus deleites,
 « se aparta del sendero de la ley. El llamamiento á
 « la oracion en los alminares del Aya-Sofia, se pierde
 « entre el ruido de los pífanos y trompetas, platillos
 « y flautas del serrallo. Nadie puede dar sin peligro
 « un consejo al sultan; vos misma habeis hecho esta
 « experiencia. Los mercados se saquean: los inocen-
 « tes son ajusticiados: las esclavas favoritas gobier-
 « nan el mundo. »

La sultana Validé trató de luchar todavía contra la voluntad general. « Todos esos males, » les dijo ella, « son obras de los malos; es menester alejar á estos
 « y poner en su lugar á hombres buenos y razona-
 « bles. »

— « ¿De qué serviría eso? » replicó Hanefizade.
 « ¿No ha hecho matar á hombres buenos y valientes,
 « tales como Kara-Mustafá, y Yusuf-bajá el conquis-
 « tador de Canea? »

« ¿Pero cómo es posible poner en el trono á un
 « niño de siete años? » replicó la sultana Validé.

« Segun la sentencia de nuestros legistas, » repuso
 Hanefizade, « un insensato no debe reinar, sea la que

« quiera su edad, y preferible á él es un niño dotado
 « de razon; en eso se funda nuestro fetwa. Con un
 « soberano muy jóven, pero dotado de razon, un vi-
 « sir prudente gobierna el *mundo*, miéntras que un
 « sultan insensato arruina el imperio con las muer-
 « tes, la ignominia y la corrupcion. »

La moderacion de estas palabras y la tardanza de esta deliberacion en momentos que exigen resoluciones repentinas, irritaron de tal suerte á algunos agas y principalmente á Kara-Tchelebi, soldado sin mesura, que prorrumpieron en exclamaciones tan irreverentes y ofensivas al pudor de una mujer y á la majestad soberana, que los historiadores las indican sin osar repetir las. Kara-Tchelebi las lavó mas tarde y justamente con su propia sangre. El pueblo y los soldados perdieron la paciencia; la sultana humillada comprendió que la revolucion no la respetaria si no se amoldaba ella á sus exigencias.

« Está bien, » dijo, aparentando no haber oido los ultrajes de Kara-Tchelebi, « voy á buscar á mi nieto « Mohammed para ponerle el turbante. »

Los nombres de la madre y del niño resonaron con unánime aclamacion. La sultana reapareció en la puerta de *la Felicidad*, y presentó el niño al pueblo. Sentósele en el trono, y desfilóse con silencio y con orden por delante de él por miedo de que la confu-

sion, la gritería y las armas intimidasen y arrancasen lágrimas de terror al niño que salia de los brazos de las mujeres, para entregarse al tumulto de una revolucion. Los bostandjis que solia ver en los jardines del serrallo, respondieron de la seguridad de su hijo á la temerosa sultana, que se retiró llena de ansiedad por la suerte de Ibrahim.

XX

Durante esta ceremonia de la coronacion popular en la puerta de *la Felicidad*, el muftí, los visires, los ulemas, el silihdar y el mismo general de los bostandjis, convertidos en ejecutores domésticos de la voluntad del pueblo que cercaba el palacio, fueron á significar á Ibrahim, abandonado por sus cortesanos, su caida y la coronacion de su hijo.

« ¡Traidores! » exclamó Ibrahim á estas palabras, « ¿no soy yo vuestro padischah? ¿Qué significa « esto? »

— « No, » le respondió Abdulaziz, el mas atrevido é insolente de los ulemas; « no, tú no eres nuestro

« padischah; tú no lo fuistes jamás, porque lo eras
 « en virtud de las leyes, y tú mismo las has violado,
 « ofendido la justicia y la religion. Tú has arrui-
 « nado *el mundo*; tú has consumido tus dias en juegos
 « y deleites sensuales; tú has disipado los tesoros del
 « imperio para satisfacer caprichos pueriles ó culpa-
 « bles. La corrupcion y la crueldad sentadas en tu
 « trono han gobernado *el mundo...* »

Ibrahim, aterrado por estas invectivas, se volvió
 hácia el muftí y hácia el viejo Musslieddin, cuya ac-
 titud respetuosa atestiguaba un resto de considera-
 cion y de lástima hácia él. « ¿Pero, en fin, no soy
 « vuestro emperador? » les dijo. « ¿Porqué he de
 « bajar del trono? »

— « No bajarás de él mas que por unos dias, » le
 respondieron algunas voces. Querian engañarlo para
 que su obstinada resistencia no arrastrara á los agas
 á violencias mayores que la de la deposicion.

« Os comprendo, » repuso con una rabia que no
 calculaba ya la fuerza, ni la ocasion, ni el peligro;
 « todos vosotros sois ingratos y traidores. Además sois
 « hombres sin razon. ¡Cómo! ¿á un niño de esta es-
 « tatura, » añadió con un gesto irónico, y bajando la
 mano hácia el suelo, « á un niño de siete años que-
 « reis hacer padischah? ¿Cómo podrá reinar esa
 « criatura? ¿Nombrareis tambien padischah á ese

« viejo imbécil? » dijo señalando al anciano Mus-
 slieddin. « ¿Además, no es ese niño hijo mio? »

Abdulaziz lo interrumpió con palabras tan ofensi-
 vas, que el historiador, testigo de esta escena, no
 hace mas que indicarlás. Deshonróse la revolucion
 como Ibrahim habia deshonrado el trono. Este no se
 dignó responder al adulador convertido en cínico en
 un dia. Apostrofó de nuevo al muftí y le echó en cara
 su ingratitud: « ¿Por ventura no te he hecho yo lo
 « que eres? » le dijo.

« No, » le respondió el muftí, hábil para atribuir al
 hado lo que no queria agradecer á un hombre; « no
 « tú, sino Dios todopoderoso me ha hecho lo que soy. »

Obligando Ibrahim al muftí á que le diera su hija
 única por esposa contra la voluntad de ambos, y re-
 pudiándola despues, habia cambiado el beneficio en
 ultraje. El muftí no vengaba solo al imperio, sino
 tambien la profanacion de su hija.

Sin prestar oidos á estas imprecaciones y á estas
 maldiciones del sultan, los agas militares lo cogieron
 por los brazos y lo sacaron, no obstante su desespe-
 rada resistencia, fuera de la cámara imperial. Por
 fin se resignó, y cruzando los brazos sobre su pecho:
 « Esto, » dijo inclinando la cabeza. « estaba escrito
 « en mi frente: Dios lo ordena, marchemos. »

Lo encerraron con dos esclavas favoritas en el

kiosko de *las Aves*, vestíbulo de la muerte ó de la prision perpétua. De todo el imperio y de todo su haren no le quedó mas que un calabozo, una esterilla y dos esclavas. Su misma madre no se atrevió á visitarlo, temiendo hacerse sospechosa á los ulemas.

XXI

Sin embargo, como Neron en Roma, Ibrahim tenia partido en las tabernas y en los cuarteles, en donde la corrupcion de los príncipes afianza con la licencia el vil favor del populacho. En los cafés y en las cuerdas de los spahis se agitaban en su nombre: preguntábase con qué derecho los legistas, los scheiks y los agas habian precipitado del trono á un padischah legítimo para cubrir su ambicion de mando con el nombre de un niño que acababa de salir de la cuna. Se fingia alarma por la apariencia de un gobierno en manos de un fantasma de padischah. Los visires y los agas temieron dejar la mas remota esperanza ó el mas lijero pretexto á este peligroso arrepentimiento de las tropas. Se preguntó al muftí si era lícito de-

poner y matar á un padischah que sacaba á pública subasta las dignidades del imperio.

« Sí, » respondió lacónicamente el muftí; « ¿ no dice el Coran, *si hay dos khalifas matad uno?* »

Armado con este fetwa que legitimaba el regicidio, el muftí, juez y verdugo á la vez, el gran visir, los jueces del ejército, los agas de los genizaros, de los spahis y de las otras milicias se dirigieron al serrallo para ejecutar la sentencia. El horror del regicidio, el temor de la venganza tardía, pero infalible, que habia alcanzado á todos los asesinos del primer sultan, muerto violentamente, la compasion que inspiraba un príncipe mas despreciado que aborrecido por sus servidores, habian convertido el serrallo en un desierto. Pajes, bostandjis, capidjis, todos huian ó negaban su intervencion en el asesinato. El muftí y los visires se vieron obligados á forzar con sus propias manos las puertas del kiosko de *las Aves*, que nadie consentia en abrirles.

Cuando las puertas de hierro cayeron á sus golpes: « ¿ Donde está el verdugo? » preguntó el gran visir.

El verdugo Kara-Alí se habia escondido, por no mojar sus manos en la sangre del padischah. Lograron al fin descubrirlo; lo trajeron pálido y temblando ante los asesinos, echóse á los piés del gran visir y